

# D. ADOLFO RUIZ CORTINES

PRESIDENTE  
ELECTO DE  
MEXICO

Por MANUEL LOPEZ PEREZ



La H. Cámara de Diputados, en pleno, comunica a Don Adolfo que es Presidente Electo.

¡Feliz quien logra hacer una leyenda de su hombría de bien!  
(Alfonso Hernández Catá.—Mitología de Martí).  
La senda del deber es el camino de la gloria.—  
Tennyson.

Nos conviene, y también conviene a nuestros lectores, imaginar a don Adolfo Ruiz Cortines disfrutando de su primera "hora silenciosa", después de que alguna comisión del Congreso o del Partido Revolucionario Institucional le haya hecho la visita protocolaria para comunicarle que la Cámara Federal lo declaró Presidente Electo. Su pensamiento debe haber tomado el rumbo del hogar en que vio la primera luz de nuestro mundo, para recordar, convirtiendo en ofrenda el triunfo alcanzado, a sus progenitores, primero; a esposa abnegada, a la clase social a que debió su origen, al pueblo, a los amigos, y finalmente hacia sí mismo encarando la hora presente que en potencia contiene el porvenir: ¡sensación abrumadora de que se han cumplido infinidad de deberes que han engendrado uno inmenso, el de guiar al éxito las aspiraciones de su Patria!

Ser un hombre honrado, ser un ciudadano ejemplar al grado de formar una leyenda—nos place utilizar el término usado por

Catá poniéndolo en labios del Santo de América— con esa bonhomía cívica que no pudieron vulnerar las diatribas surgidas del fragor del combate electoral; triunfar, en una palabra, con ese símbolo inscrito en las banderas de su lucha, deja cumplido, satisfecho el sublime deber de "honrar padre y madre", y lo mismo el de adornar los prestigios de una clase social, por humilde que fuera; de robustecer los ideales de los amigos sinceros y del pueblo, porque un hombre virtuoso honra a la humanidad. Nuestro meditador debe haber sentido en su hora solemne, la plenitud de ser hombre. Hombre de la Revolución que se encuentra con ella, porque así lo ha querido el destino de los dos.





La XLII Legislatura  
con el Sr. Presidente  
de la República.

La experiencia debe haber dejado oír su voz ante el alma atenta: ¡¡Feliz quien logra hacer una realidad de su hombría de bien!... En seguida, sonaron, tal vez, las voces augustas del consejo: la Democracia en el poder encuentra siempre juntamente con el problema político y el social, el que se refiere a la moralidad pública y que demanda urgente remedio. Por lo que ve a los primeros, el uno, por constar de términos muy conocidos y discutidos, ameritará perfeccionar perfiles y decidir rectificaciones; el otro, requiere decisión y discreción para consolidar en ocasiones, y formular, cuando sea necesario, las sucesivas y parciales soluciones que quepa dar al mismo en la esfera de la legislación que lo vierta en cauces vitales. Pero el tercer problema, el de la moralidad pública, exige QUERER, porque no se trata de dilucidar la verdad de un principio, la utilidad de una institución o la necesidad de éste o aquel organismo, sino de que NO HAYA DOS MORALES, una para la vida privada y otra para la vida pública, y de que la probidad, la rectitud, la sinceridad y la lealtad sean virtudes tan exigibles y estimables en la una como en la otra. Si el deber no impusiera esta línea de conducta, la aconsejaría la conveniencia, pues marchando por ese camino, se ganará el entusiasmo de los adeptos a la Democracia, la simpatía de los indiferentes y el respeto de los adversarios...

El hombre capta la voz del consejo, pero el sentido de la realidad evoca el material humano de su medio, la base práctica de la política, la falta de fórmulas exactas en esta ciencia de gobernar, lo difícil, que es lograr el conocimiento de los hombres. Pero interrumpen la serie de sofismas la voz de autoridades indiscutibles, de sabidurías reconocidas: "Por sus frutos los conoceréis" —se dijo en el Evangelio de Jesús, y también en ese otro que escribió el gran florentino "autor de un libro que es el libro de los republicanos": la primera opinión que se tiene del juicio de un Príncipe (Gobernante, hay que leer), se funda en los hombres que lo rodean: si son capaces y fieles, podrá considerarse prudente a un Príncipe (Gobernante) que el primer error que comete, lo comete en esta elección. Para conocer a un Ministro (o colaborador, agregamos), hay un modo que no falla nunca. Cuando se ve que un Ministro (colaborador) piensa en él que en uno, y que en todo no busca sino su provecho, estamos en presencia de un Ministro que nunca será bueno...

El hombre sigue meditando: Si; vivimos en un mundo en que todo se hace cada día más relativo, y el triunfo no es una consolidación plenaria, sino simplemente un episodio. Cualquier victoria está amenazada no sólo por los corrosivos internos de un cuerpo en plenitud, sino también en la medida en que un régimen nacional es, a la vez, principio y consecuencia en el devenir político mundial. No se puede seguir el consejo de Maquiavelo, relativo al manejo de hombres a base de intereses, porque son deleznable, y porque en aquellos tiempos se aspiraba a una estabilidad definitiva y ahora no, pues apenas se integra un equipo hay que combatir ya los gérmenes de descomposición que sutilmente denunció Tucídides, al hablar de los malos días de Grecia: La impudencia se llama celo en favor de los amigos; la cordu-

La impudencia se llama celo en favor de los amigos; la cordu-

65





Dr. Adolfo Ruiz  
Cortines, en su  
"hora silenciosa".

ra y moderación, cobardía, y el engaño, cuando logra su objeto, prueba de talento. ¡Ninguna fórmula más clara de la degradación a que pueden llegar los pueblos, cuando se da validez al dualismo moral. ¡Es cierto!... Azcárate, Passy y Gratry comba-

ten en forma muy semejante el dualismo "moral-privada, moral pública". Cuando este dualismo entre las dos morales adquiere cierto carácter de permanencia, tiende a resolverse, no purificándose la pública bajo el influjo de la privada, sino corrompiéndose ésta con el contacto de aquélla. Si la inmoralidad política no se detiene ni ante la publicidad, se produce el escándalo, pero el hábito va paulatinamente embotando el sentido moral hasta que aquél cesa de causar repugnancia, y entonces nace la tendencia a desafiar también la sanción social en la esfera privada, esperando que con el tiempo la costumbre dé en ella análogos resultados. Y es que no hay posibilidad de que la ley moral se doblegue en ninguna de sus aplicaciones, sin doblegarse al mismo tiempo en todas ellas. Suele suceder que aquellos que quieren y practican la justicia de hombre a hombre, no la ven cuando afecta una forma colectiva y se manifiesta en la vida de la nación...

Voces metistofélicas hablan al oído del meditador de "realismo" y de "filosofía": El mundo es así, y hay que tomarlo como es; por otra parte, el objeto del Estado no es santidad, sino la vida terrena... Pero el hombre justo tiene inspiraciones: Sí, el mundo hay que tomarlo como es, pero para poder saber a donde hemos de conducirlo con nuestro esfuerzo. Se transige con ejércitos en pie de lucha, pero no con cuadrillas de bandidos; se puede transigir con los puntos de vista de los partidos, pero no con los propósitos de los caciques. El Estado tiene por objeto la vida terrena, pero la mejor y para el mayor número, sino es posible para la totalidad, debiéndose trabajar incansablemente por ello; pero esto entraña una ética, y aunque los perversos no quieran admitirlo, hay escuelas económicas, la de los fisiócratas, por ejemplo, que consideran, y con verdad, que la virtud es germen de prosperidad, porque tiene valor económico el manejo honrado de una administración; y así debe ser, si se trata de una administración de la riqueza física y humana de una Patria...

El hombre responsable reposa. Velan su sueño la Patria y los grandes pensadores cuyas valiosas enseñanzas ha recordado en su "hora más silenciosa". Y no ha de dejar este fantaseador cronista de decir que tuvo razón Federico Nietzsche al afirmar que "los pensamientos que vienen con pies de paloma son los que rigen al mundo". Esos pensamientos están en la mente del hombre de México y en la Constitución de la República que lo ha inspirado siempre.

66